

En 1998 Luis Herrera de la Fuente, músico, director de orquesta, compositor y paleógrafo, nacido en 1916 y fallecido en 2014, sorprendió con la publicación del libro *La música no viaja sola*, editado por el Fondo de Cultura Económica. Sus páginas revelaban no solo el vínculo indisoluble entre la música y la literatura en el quehacer creativo del reconocido director de orquesta, sino también un profundo lirismo que condensa en la escritura de sus memorias las vicisitudes del alma. Con este pretexto, en el invierno de ese mismo año tuve oportunidad de conversar con este versátil artista sobre cómo la literatura siempre ocupó un papel protagonista en su formación profesional y la manera en que la escritura fue convirtiéndose en una pulsión más de sus inquietudes expresivas. A continuación transcribo su testimonio.

Una vida con la literatura

Pasé mi juventud entre escritores. Diría que nunca he tenido amigos cercanos músicos; la gente con quien solía conversar o salir de repente siempre perteneció a aquella zona de creación artística que no tiene mucho contacto con la música. Esto debido a causas meramente circunstanciales, pues el círculo de muchachos que uno frecuenta, los cuates con los que uno platica a gusto, con los que uno se busca y se encuentra, te lo va dando la vida. Mi palomilla se reunía un par de veces a la semana en el estudio de danza de la Universidad Nacional, que dirigía Magda Montoya. Este grupo estaba integrado por el poeta Miguel Guardia –quien después fue esposo de Magda–, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Rubén Bonifaz Nuño, José Durán –un escritor y filólogo peruano– y yo; alrededor de un par de años nos vimos cotidianamente

HERRERA DE LA FUENTE: el contrapunto de la escritura*

Testimonio reunido por **Raquel Velasco**

Con esta gente era con la que me frecuentaba; en cambio, no recuerdo –tal vez ocurrió alguna vez como algo excepcional– que me juntara en algún café con un músico a platicar. Por lo tanto, puedo decir que mi conexión con las letras, a través de los amigos y de la vida, ha sido desde siempre.

mente y sosteníamos las conversaciones habituales que se suscitan entre jóvenes: hablábamos de las muchachas como tema central, de los chismes, de la cultura, naturalmente de crítica al gobierno, pero siempre dejábamos un espacio –aunque fuera pequeño– para hablar del poeta, de la novela que acababa de salir o de las declaraciones que hizo fulanito, el cual insultó a menganito, ambos escritores famosos, etc. Este tipo de charlas alimentó mi vida, desde la primera hasta la segunda y tercera juventudes. Luego empieza uno con sus propias actividades profesionales y ya es más difícil reunirse con el mismo grupo, pero debo decir que hoy, después de más de

50 años, cuando por ejemplo me encuentro con Rubén Bonifaz –que ya casi no ve– y le digo “¡Qué tal, Rubén!”, sabe perfectamente quién le está hablando y siempre hay un abrazo muy cariñoso y una plática como si esta nunca se hubiera interrumpido. Lo mismo ocurre con Juan José Arreola; el día que nos vemos tiene excepcionales gentilezas –como todo lo de Juan José– para mostrarme su afecto públicamente, de una manera o de otra, la mayoría de las veces en forma de guasa, lo cual es parte de su estilo. A Juan Rulfo después lo vi poco, él nunca fue muy comunicativo, pero en las ocasiones que tuvimos la oportunidad de conversar, sabíamos que

no se había cortado el hilo. Con Pepe Durán conviví muchísimo en Europa y en Estados Unidos; ya murió. De estas personas que hablo, todavía andamos por aquí Rubén, Juan José –a quien acaban de operar– y yo; los demás ya se fueron, cuando los vuelva a ver en el futuro les voy a decir: “¿Qué pasó, mano? ¡No aguantas nada!”

Posteriormente, ya dentro de mi trabajo, traté mucho a Salvador Novo –él era una generación anterior a la mía–, a Xavier Villaurrutia y a Rodolfo Usigli, quien fue muy buen amigo e incluso mi discípulo –poco tiempo– en el piano. Con esta gente era con la que me frecuentaba; en cambio, no recuerdo –tal vez ocurrió alguna vez como algo excepcional– que me juntara en algún café con un músico a platicar. Por lo tanto, puedo decir que mi conexión con las letras, a través de los amigos y de la vida, ha sido desde siempre.

Primeros acercamientos a la escritura

Hubo una revista que hace tiempo se publicó, y que hacía casi completamente Margarita Michelena, amiga mía desde chamacos, quien desde muy chiquita tuvo un virtuosismo para el lenguaje –nos gustaba hablarnos casi con puros calambures y algunos alburas metidos en el medio–. En esa revista también participaban un poeta, que luego fue muy famoso por su trabajo en la XEW como El Bachiller, así como el historiador *Chucho* Sotelo Inclán. La revista se llamaba *Tiras de colores*, la cual estaba inspirada en esas coloridas tiras de papel de china con las que se adornan las ferias mexicanas, ya que cada página tenía un distinto color. En esta publicación quedaron impresas las firmas de muchos jóvenes, algunos de los cuales trascendieron y se insertaron en la at-

mósfera de la cultura mexicana. Para *Tiras de papel* escribí algunos artículos sobre música y teatro.

Asimismo, durante seis meses colaboré con una columna de música para el diario *Novedades*. Como allí involucraba hacer crítica musical, llegó el momento –muy pronto– en que la realidad me planteó una disyuntiva: ya el dicho popular dice que no se puede repicar y andar en la procesión, y como en ese entonces yo andaba en la procesión como pianista, se me planteó la dicotomía de exponer mi trabajo y, al mismo tiempo, criticar el de otros, así que no me pareció tan clara mi ambivalencia y decidí no escribir más, en plan de crítico, a propósito de música.

Después se publicó una revista especializada, excelente en su hechura, que se llamaba *Nuestra Música*, la cual era editada por un grupo que trabajó bajo ese rubro: nuestra música, en la que participaban músicos importantes como Carlos Chávez, Luis Sandi, Blas Galindo, Moncayo y tres inmigrantes españoles: un crítico que ya era muy famoso antes de llegar a México porque escribía en *El Sol de Madrid*, Adolfo Salazar; Rodolfo Halfter, compositor que también hacía crítica musical, y Jesús Maligai, un crítico que escribió muchos libros, así como otros músicos de fama internacional. En *Nuestra Música* colaboré con dos o tres artículos dedicados al análisis técnico-estético musical.

Luego hubo distintas ocasiones para escribir algunos textos, pero nunca lo hice como algo cotidiano y de una manera organizada; nunca fue mi profesión ni mi tarea principal, nunca tuve la posibilidad de hacer lo que se debe, con lo que quiero decir que cualquier oficio que se ejerza debe practicarse todos los días, porque si no es así, la mano no se llega a soltar, ni la boca, ni el cerebro, ni lo encaminado a nuestra actividad. Y aun-

que la escritura no me era ajena, no tenía ese ejercicio que me exigía la música, primero en la composición y después en la dirección de orquesta; esa especie de albañilería que realiza uno todos los días, no la llevé a cabo con la escritura, fue como un diletantismo, no demasiado irresponsable.

La música no viaja sola

Por equis o zeta razones, hace unos años, el poeta y administrador –en el sentido creativo– del Fondo de Cultura Económica me animó a que escribiera mis memorias. Ya algunas personalidades de la cultura y amigos me lo habían sugerido, así que se fueron encadenando las cosas hasta que la idea se fue concretando. Esto coincidió con una decisión: cumplí 50 años como director de orquesta y algunas orquestas del país –casi todas– y aquellas de las que fui director titular en el extranjero me hicieron celebraciones; asimismo, la Asamblea de Representantes me otorgó la Medalla al Mérito Ciudadano y todas esas cosas cívicas que rebasan lo simplemente profesional, por lo que la prensa me trajo en salsa durante todo ese año. Así que, en una reflexión lo más objetiva y realista posible, me replanteé: “es tiempo de dejar esas responsabilidades en las que uno tiene que estar administrando y manteniendo una orquesta con lo que eso implica”. Tenía tres posiciones: director de la Sinfónica de Minería, director de la Filarmónica de la Ciudad de México y director del Festival Internacional de Morelia, así que dejé las tres cosas al mismo tiempo –como consecuencia de una meditación, de mi necesidad, mi circunstancia, mi desgracia o como le quieras llamar– y pensé: al entrar en la música mi propósito era ser compositor y en mi juventud compuse bastante música. Después, en la tarea de

la dirección de orquesta –que en nuestro país involucra todo: desde acarrear atriles hasta ver si le pagaron a fulanito, ya que la burocracia oficial tiene la virtud de que un individuo empieza a trabajar y se le comienza a pagar cuando San Juan baja el velo, y anda uno metido en todo aquello que yo diría no sirve para nada y que con la música, el arte o la cultura no tiene ninguna relación– ocupé las horas de la noche para estudiar las partituras, con la convicción de nunca estar constreñido a pararme en un podio sin tener un conocimiento real y a fondo de una pieza, esfuerzo que da mucha felicidad.

Así que llega un momento en que uno hace cuentas y resulta que las horas dedicadas a lo que no es nada –porque lo mismo resulta si lo hace uno o lo realiza otro, ya que si se lleva a cabo o no de todas formas hay conflicto y la burocracia va a seguir siendo lenta– son muchas, y se va creando conciencia sobre este tiempo, que es como un acordeón que funciona para un solo lado y no como el acordeón musical, el cual se estira y se retrae. Entonces empieza a generarse aquella angustia de que ya no tiene uno tiempo para nada, voltea uno a ver el calendario y se comienza a pensar en qué cosa es la edad, hasta que surge ese egoísmo, que se refleja hasta en las lecturas: cuando era joven leía todo lo que iba a buscar a las librerías; en cambio, desde hace algunos años, me ocurre lo contrario: leo muchísimo, aunque menos libros, pues los inicio y si después de unas pocas páginas no hallo una sustancia que me cautive, los abandono, busco otro o regreso a los eternos clásicos, libros que cada vez que uno lee pesan más porque se comprende mejor su sabiduría. Sin embargo, claro, de la literatura contemporánea me mantengo informado lo mismo en narrativa que en poesía.



Luis Herrera de la Fuente, director de la osx 1975-1984. Foto cortesía de Enrique Salmerón.

De igual modo me sucede con la música: mientras fui director de la Orquesta Sinfónica Nacional –en el transcurso de los 18 años de mi primera instancia en esta orquesta– instituí un Festival de Música Contemporánea que duró 10 años, y ese periodo procuré estrenar en México prácticamente toda la música sinfónica que se escribía afuera, así como la de nuestro país.

Hoy ya no podría hacerlo, porque me pasa lo mismo que con la literatura: hay partituras que nada más las abro y digo: “a esto no le dedico ni media hora”. En aquel momento era una obligación intelectual, personal y, además, real, porque estaba dirigiendo una or-

questa pagada con el erario público y tenía la responsabilidad, por una parte, de informar lo que pasaba en el mundo y, por otra, de otorgar a los compositores mexicanos la ocasión de estar en vivo en una sala de concierto. Todo esto que en mí sigue siendo una preocupación, ya no lo puedo cumplir al cien por ciento, o al doscientos por ciento como lo hice durante tantísimos años.

Y aquí hay algo muy circunstancial y muy definitivo que es la corta edad del tiempo, que no sé de qué tamaño es, pero que la siento, y me impide dedicar todas las horas que di a estudiar esa música, la cual siempre dirigí de memoria. Esto, hoy, no es algo que no quiera hacer,

es que ya no puedo, porque la dialéctica de lo que estoy viviendo no me lo permite, menos ahora que, de pronto, me pongo a escribir y, como se dice vulgarmente, “ya me piqué”.

Nuevos proyectos literarios

Tengo listo otro libro conformado simplemente por textos: mi hijo Víctor publicó un pequeño libro al que le puso *Cuartextos para cuerdos*; entonces pensé y le dije: “si tú escribes cuartextos para cuerdos, lo más probable es que estés escribiendo para nadie, porque encontrar gente cuerda, pues ¿cómo?” Esta obra me suscitó una inquietud por crear textos independientes y breves. He escrito ya algunos comentarios sobre un suceso que leí en el periódico, algún recuerdo principalmente de infancia: esos que, se va descubriendo, tienen una vitalidad que no tiene la memoria de hace 10 años, y aunque posiblemente el acontecimiento que ocurrió hace una década pudiera tener más importancia que una cosa infantil, ésta es más vital; eso tú no lo vas a comprobar sino hasta dentro de 80 años.

Luego, me robé el título de algo que siempre me gustó mucho: *Las Greguerías*, de Gómez de la Serna, aunque yo no les llamé greguerías; hago mi declaración de plagio, porque le quité la g y le puse *Reguerías*,¹ ya que tiene implicaciones verbales y sonoras, aparte de que es verdad que la riego. Aquí reúno reflexiones que contienen algunas veces cierto sarcasmo y otras humor. Para esto, le pido ayuda al lenguaje para quitarle la solemnidad y la trascendencia a esas cosas que, de manera inevitable, uno reconsidera cuando está cerca de límites, como cuestiones que no te planteas cuando estás en la ju-

Después de terminar *La música no viaja sola* me vino una disyuntiva que me causó primero estupor, después una especie de sonrisa escéptica, y luego no sé qué, ya que tengo tres editoriales que me piden un texto para editarlo.

ventud. Entonces, vierto todo esto en breves líneas que guardo en una colección, que no pienso publicar como un paquete independiente sino con otros textos que tengo y quizá, entre texto y texto, mezclar dos o tres páginas de esta bisutería que conforma el material para mi próximo libro.

Después de terminar *La música no viaja sola* me vino una disyuntiva que me causó primero estupor, después una especie de sonrisa escéptica, y luego no sé qué, ya que tengo tres editoriales que me piden un texto para editarlo. Considero que a un escritor joven, en primer lugar le costaría publicar y, posteriormente, le sería muy difícil tener la oportunidad de elegir con qué editorial hacerlo, así que digo: “a ti no es por buen escritor que te sucede esto; te pasa por viejo y por tus andanzas en algo que no tiene nada que ver con los libros”. Son las paradojas y a mí siempre me ha fascinado precisamente esto: que uno vive aprisionado por las paradojas y estas te hacen no saber para dónde voltear. ¿Por qué pasa esto?, ¿por qué acontece lo otro?, ¿qué es contradictorio? Hoy soy presa de una y hasta me da vergüen-

za porque sé que no me ocurre por escritor, sino por los años que mi nombre ha andado por la actividad que hago, la cual está sujeta a publicidad y es necesariamente pública, exhibicionista y ridícula. Me pregunto: ¿qué haces tú? Me trepo a un banco, donde todo el mundo me ve y ahí me pongo a hacer cosas, y por eso recibo luces que me enfocan o a personas como yo que me hacen una entrevista y que me dan la ocasión para decir tonterías. Estas circunstancias ahorita me tienen confundido: ¿existiría la posibilidad de escoger editorial cuando siempre se anda correteando a los editores y les mandas un libro y no sabes si lo leyeron porque no te dicen nada en mucho tiempo, no te contestan o te dicen que lo van a someter al consejo editorial? Y tú, viejo cínico, simplemente por el hecho de que publicas las cosas de las que te acuerdas, de pronto tienes una ventaja sobre ese escritor joven de raza, de voluntad, de proyecto de una vida completa. Por eso digo que me apeno, lo cual no quiere decir que no aproveche la situación y saque otro libro. A causa de esto, ahora quisiera dedicar la mayor parte de mi tiempo a estar escribiendo, no importa a qué hora del día o de la noche sea, le otorgo un tiempo a ese placer. Me piqué. **LPyH**

NOTAS

¹ El presente testimonio apareció publicado por primera vez en la *Gaceta Universitaria* (Xalapa: UV, diciembre de 1998).

² Publicado finalmente con el título de *Notas falsas*, con una presentación de René Avilés Favila, por la UAM-Xochimilco, en 2001.

Luis Herrera de la Fuente (Ciudad de México, 1916-2014) fue director de orquesta, paleógrafo musical, compositor, pianista, violinista, narrador y creador de instituciones y orquestas. Dirigió la Orquesta Sinfónica de Xalapa entre 1975 y 1984.